

## 6

### LO PRIMERO ES LA VIDA, NO LA RELIGIÓN

#### La observancia que lleva a la agresión

Los tres evangelios sinópticos cuentan que Jesús curó a un manco precisamente el día (un sábado) en el que las leyes religiosas del judaísmo prohibían hacer ese tipo de curaciones (Mc 3, 1-6; Mt 12, 9-14; Lc 6, 6-11). El evangelio de Marcos sitúa este episodio en un momento especialmente conflictivo. En el capítulo segundo de este evangelio, se relatan los primeros enfrentamientos que tuvo Jesús con los dirigentes religiosos de Israel. Ahí se cuenta que primero acusaron a Jesús de lo peor que se podía acusar a un judío, el pecado de blasfemia (Mc 2, 7). Un pecado que, además de ofensa a Dios, era un delito y que, por tanto, según Núm 15, 30 s; Lev 24, 11 ss se castigaba nada menos que con la pena de muerte<sup>1</sup>. Así pues, al acusar a Jesús de blasfemia, se estaba haciendo contra él la denuncia más fuerte que se hace contra él en toda la sección de enfrentamientos, que va desde el comienzo del capítulo segundo del evangelio de Marcos hasta el relato de la curación del manco, que, como veremos, termina precisamente con el complot para dar muerte a Jesús.

Después de ese incidente, sin duda muy grave en la mentalidad de entonces, el evangelio de Marcos cuenta que los letrados y los fariseos le echan en cara que andaba con malas compañías, pecadores y publicanos (Mc 2, 15-16). A renglón seguido, se explica cómo y por qué Jesús y sus discípulos no se sometían a la ley del ayuno en los días que eso estaba

---

1. Cf. J. Gnllka, *El evangelio según san Marcos*, I, Salamanca, Sígueme, 1986, 117.

mandado (Mc 2, 18-22). Y, lo más delicado de todo, este capítulo de Marcos termina con el relato de la primera desobediencia (consciente y manifiesta) de los discípulos de Jesús al obligatorio descanso del sábado (Mc 2, 23-24). Pero al final del relato se nos dice que Jesús, de manera sorprendente para un buen israelita de entonces, en lugar de reprender a los discípulos por su desobediencia a las normas religiosas establecidas, defiende el comportamiento de sus seguidores. Para terminar con la afirmación lapidaria: “El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado (Mc 2, 27). Para Jesús, la “meta suprema”<sup>2</sup> es el amor a los demás, no el cumplimiento del precepto religioso. Una afirmación que, si se toma verdaderamente en serio, antepone *lo humano* (amar) a *lo religioso* (cumplir observancias sagradas). Es decir, estamos ante una auténtica subversión del “orden sagrado” que las religiones han establecido en este mundo y en virtud del cual, con demasiada frecuencia, han introducido un principio de desorden radical en la convivencia humana. Hasta degenerar, no raras veces y como bien sabemos, en formas brutales de violencia. La experiencia que estamos viviendo en la actualidad, sobre todo a partir del 11 S y del 11 M, es elocuente a este respecto.

Todo esto supuesto y como es obvio, según los datos que acabo de aportar, en el evangelio de Marcos quedan patentes cuatro cosas: 1) que los discípulos de Jesús no cumplieran con determinados e importantes deberes de la religión oficialmente establecida en aquella sociedad; 2) que Jesús estaba de acuerdo con semejante conducta; 3) que además daba argumentos para justificar aquel comportamiento; 4) que, para colmo, el mismo Jesús hacía y decía todo aquello porque estaba convencido de que lo central para Dios no es la *religión* (representada en la observancia del descanso del sábado), sino el *ser humano*, especialmente cuando se ve apremiado por una necesidad de comer cuando tiene hambre, que es lo que hicieron los discípulos al arrancar y comer espigas de un sembrado en el día de obligado descanso religioso, exactamente el sábado.

Pues bien, estando así las cosas, el relato de la curación del manco en la sinagoga cuenta que, al entrar Jesús en el local donde la gente estaba reunida, había allí individuos que “estaban al acecho para ver si

---

2. J. Gnilka, o. c., 144.

curaba (a alguien) y denunciarlo” (Mc 3, 2). ¿Quiénes eran estos individuos, estos espías de la fiel observancia de las normas? Lo más razonable es pensar que eran fariseos, ya que al final del relato se dice que fueron precisamente los fariseos los que inmediatamente se fueron en busca de los del partido de Herodes para ver cómo podían acabar con Jesús (Mc 3, 6), o sea cómo podían matarlo. Estos datos, que aporta el relato de la curación del manco, hacen pensar. Se sabe, en efecto, que los fariseos se caracterizaban por ser los más fieles observantes de las normas. Es decir, eran los hombres del *deber*, o sea, los hombres para quienes el cumplimiento de la ley religiosa era, no sólo una meta límite ideal, sino además un programa efectivo de vida práctica<sup>3</sup>. Pues bien, lo que aquí hace pensar es cómo se explica que unos hombres, cuyo programa de conducta era el cumplimiento de la ley divina, fueran por la vida espionando a los demás para sorprender al que se porta mal, para llamarle la atención, si es preciso denunciarlo y hasta incluso, si la cosa es seria, quitarlo de en medio. O dicho de manera más directa, ¿qué explicación tiene que la *observancia* termine produciendo *sospecha, denuncia y asesinato*? No estamos ante una pregunta retórica. Ni siquiera ante una cuestión meramente curiosa o infundada. La vida diaria enseña, con frecuencia, ejemplos de este tipo. Lo cual nos lleva inevitablemente a una cuestión mucho más fuerte: ¿cómo es posible que el más *exacto cumplimiento* de la ética lleve a los observantes al más *brutal quebrantamiento* del centro mismo del comportamiento ético, el respeto a la dignidad, a la libertad, a los derechos y a la vida de las personas?

Paul Ricoeur intuía acertadamente la respuesta. Este autor, en efecto, piensa que quienes centran su vida en la observancia legal del deber, eso precisamente es lo que los lleva a la convicción de que “*Dios es ética*”, y el lazo que une al hombre con su Dios es “la obediencia a sus indicaciones”<sup>4</sup>. Ahora bien, desde el momento en que una persona ve así el ser mismo de Dios, pueden ocurrir los mayores despropósitos y se nos pueden venir encima los peligros más amenazantes. Haciendo todo eso, además, como lo más natural del mundo. Porque, en definitiva, si Dios es Dios y el hombre es el hombre, lo lógico es que el hom-

---

3. P. Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*, Madrid, Taurus, 1969, 404.

4. O. c., 402.

bre se supedita a Dios *en todo*, incluso en la inmolación de su vida, *con tal que los preceptos de Dios, incluso los más mínimos, se cumplan a rajatabla*. He ahí el fariseo en estado puro. Y, de ahí, el fundamentalista, el integrista, el fanático. Y hasta puede suceder que de semejantes principios se alimente la “perversa mística” del terrorista.

Aquí está la explicación de un hecho sorprendente, a saber: que *la más fiel observancia* de la ética desemboca inevitablemente en *la más infiel destrucción* del comportamiento ético. Las frecuentes denuncias de Jesús contra los fariseos tienen en este principio su explicación. Cosa, por lo demás, que el sentido común pone en evidencia. Ya los antiguos romanos, expertos en leyes y en conductas, lo formularon en la conocida sentencia: *summum ius, summa iniuria*<sup>5</sup>, el derecho más estrictamente cumplido lleva a la máxima violación del derecho.

Por todo esto, que estoy diciendo, no me entusiasma demasiado el ensayo de Gilles Lipovetsky sobre *El crepúsculo del deber*. Aunque he citado varias veces a este autor y haré alguna referencia más de él, no me gusta esa especie de nostalgia (mal disimulada) por los tiempos en los que el “deber” era determinante en el comportamiento humano. El deber es determinantemente bueno, si lo que se debe hacer es bueno y se hace con el discernimiento y la discreción necesarias para no anteponer nunca el deber mío a la necesidad del otro o de los otros. Digo esto porque ya estamos cansados, demasiado cansados, de los “místicos del deber” que, si llevan su mística hasta sus últimas consecuencias, pueden terminar siendo “místicos del terror”. O simplemente “místicos de una convivencia insoportable”.

### Lo determinante para Jesús

Es de suponer que Jesús era consciente de lo que estaba ocurriendo en la sinagoga cuando él se metió en aquel ambiente. Lo que allí se respiraba era una situación sumamente tensa. Porque, según el derecho judío de aquel tiempo, la repetida violación del sábado estaba castigada con la pena de muerte. Además, según el mismo derecho, un crimen

5. Séneca, *Dial.* 4, 30, 1; Tácito, *Ann.* 14, 18, 1. Cf. *Thesaurus Linguae Latinae*, VII, 1671, 80.

no llegaba a ser objeto de juicio sino después de que el autor había sido advertido notoriamente ante testigos y así quedaba asegurado de antemano que el presunto infractor había obrado deliberadamente<sup>6</sup>. Ya, en el capítulo segundo del evangelio de Marcos, se nos informa de que a Jesús le llamaron la atención por el quebrantamiento del sábadó cuando los discípulos iban arrancando espigas en el día de descanso (Mc 2, 24; cf. Jn 5, 10). Además, en aquella ocasión, Jesús vino a decir que estaba quebrantando el sábadó por convicción (Mc 2, 25-28). Por tanto, la siguiente infracción de la ley del descanso sabático (si nos atenemos a los preceptos legales de la religión) pondría en peligro la vida de Jesús<sup>7</sup>. Cosa que efectivamente ocurrió, como enseguida vamos a ver. Por eso se comprende el dramatismo del pasaje del manco.

Todo esto nos da a entender la fuerza que tiene este episodio a la hora de comprender lo que de verdad era (y sigue siendo) central en la ética de Jesús. En una situación como aquélla, Jesús pudo perfectamente dejar la curación del manco, que había en la sinagoga (Mc 3, 1), para el día siguiente y no hubiera ocurrido nada. Un hombre que, a fin de cuentas, llevaría seguramente mucho tiempo con aquella limitación, se podía haber esperado unas horas sin problema alguno. O también pudo curar al enfermo minusválido “discretamente” y sin llamar la atención. Jesús, sin embargo, no hizo nada de eso. O mejor dicho, lo hizo todo al revés, de manera pública y hasta provocativa. Porque, según el relato de Marcos, Jesús le dijo al hombre que se pusiera de pie (Mc 3, 3), allí, en el centro de la sala, donde era visto por todos. Y así, con el manco en el centro de las miradas de todos los asistentes al acto, Jesús se atrevió a hacer una pregunta sorprendente: “¿Qué está permitido en sábadó, hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o matar?” (Mc 3, 4). A todas luces, decir semejante cosa allí, en aquel ambiente tan cargado y tan tenso, era una auténtica provocación. Porque, a primera vista al menos, en aquel momento, parece evidente que nadie pretndería matar al manco. Y, sin embargo, la pregunta tenía su razón de ser. Es más, se trataba de una pregunta que venía a plantear el proble-

---

6. J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento*, I, Salamanca, Sígueme, 1974, 323, que ofrece abundante documentación de las fuentes legales del tiempo.

7. J. Jeremias, o. c., 323.

ma de fondo. Porque, en última instancia, lo que Jesús estaba preguntando era esto: ¿qué es lo primero para la religión: el cumplimiento del *deber* (la observancia de las normas) o la *necesidad* que tiene cualquier ser humano de gozar de su vida en plenitud?

No estamos acostumbrados a que nos hagan esta pregunta. Porque las religiones siempre han tenido como criterio determinante el cumplimiento del *deber*, es decir, ser fieles a las *obligaciones* de cada uno. De ahí que los fieles, en las distintas religiones, están educados para cumplir deberes y tienen la conciencia de que ése es el camino que nos acerca a Dios. Sin embargo, de la satisfacción de nuestras *necesidades*, las religiones y sus dirigentes no suelen hablar y, en cualquier caso, no es ése un asunto que, por lo general, resulte el tema central en cualquier discurso religioso. Y si las necesidades humanas ocupan poco espacio en la ética de las religiones, menos importancia tiene aún la *satisfacción* de tales necesidades, con todo lo que eso conlleva de gozo y de disfrute. El gozo, la alegría y el disfrute de vivir en plenitud. Seguramente, en esta manera de pensar se oculta el convencimiento de que la relación del *hombre con Dios* es como una especie de copia de la relación del *vasallo con el Señor*. Ahora bien, lo propio del Señor es mandar. Y lo propio del vasallo es obedecer y cumplir con sus deberes. He ahí un *modelo antropológico* que ha configurado el *modelo sobrenatural* de relación entre el hombre y Dios.

Así, las religiones han convertido a los dioses en señores autoritarios y han hecho de la experiencia religiosa un producto, no sólo ingrato y duro, sino que además ha puesto en el primer plano de lo religioso lo más desagradable de la vida. Mientras que, por el contrario, lo lúdico, lo festivo, todo lo que en la existencia hay de gozo, de alegría y de felicidad se ha quedado, no sólo al margen de la relación con Dios, sino que se nos ha presentado como algo que se debe vigilar, controlar, reprimir y, si es necesario, sancionar. De ahí el puritanismo que ha marcado tan profundamente la cultura de Occidente a partir de autores que son bien conocidos. Me refiero a Pitágoras y Empédocles<sup>8</sup>. “El placer –dice el viejo catecismo pitagórico– es malo en todas las circunstancias, porque vinimos aquí para ser castigados, y

---

8. Para este asunto, cf. el excelente y clásico estudio de E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza, 2001, 133-169.

deberíamos ser castigados”<sup>9</sup>. Autores que, según la explicación más aceptada, tomaron estas ideas de las prácticas y teorías de los viejos chamanes de las primitivas religiones de las tribus del norte de Europa y Asia. Nada menos que de las extravagantes teorías de aquellos viejos chamanes ha llegado hasta nosotros, como si fuera algo querido por Dios, la convicción según la cual lo que importa, lo que de verdad interesa, para que este mundo vaya bien, es la pureza, porque el placer ensucia y contamina. Y es, por tanto, lo más importante que hay que evitar en la vida. A no ser que se disfrute según lo mandado por... ¿Dios? No hay trazas de eso en la Biblia. Así lo dispusieron los viejos chamanes de religiones ancestrales cuyo origen nadie conoce a ciencia cierta. Es decir, de los chamanes y no de la Biblia (menos aún del Evangelio) viene el ideal, que tiene tan bien asimilado mucha gente, ese ideal del hombre que es “intachable” porque siempre ha mantenido las debidas distancias en asuntos amorosos, pero que al mismo tiempo ha sabido “triunfar” en la vida porque ha escalado puestos de poder y porque ha sido listo a la hora de ganar mucho dinero. Esta manera de pensar es la expresión más patente del puritanismo que Occidente ha heredado de los viejos chamanes a través de los griegos.

¿Se oculta, en el fondo de esas tendencias puritanas, el afán de dominación y poder que suele advertirse en los dirigentes religiosos, desde los primitivos líderes de las antiguas religiones hasta los últimos inventores de sectas integristas cuya consigna suprema de santidad es el sometimiento y la obediencia? Sea lo que sea de esta cuestión, el hecho es que las religiones se han hecho odiosas para grandes sectores de la opinión pública. Lo que ha llevado a muchos movimientos religiosos a precipitarse en una profunda crisis de la que no sabemos si podrán resurgir algún día. Y es un hecho que una de las manifestaciones más fuertes de esta crisis está en que la gente sigue creyendo en Dios, pero es cada día mayor el número de personas que viven sus creencias al margen de toda institución. Es la “espiritualidad sin Iglesia”<sup>10</sup>, de la que tanto se habla ahora y cuya expresión popular es la conocida fórmula “yo creo en Dios, pero no

---

9. Iamb., *Vita Pyth.* 85. *Vorsokr.*, 58 C 4. Citado por E. R. Dodds, o. c., 149; 165.

10. Cf. Millán Arroyo, *Hacia una espiritualidad sin Iglesia*, en J. F. Tezanos, *Tendencias en identidades, valores y creencias*, Madrid, Sistema, 2004, 409-436.

creo en los curas”. El problema no está en que los curas, sean, como todos los humanos, frágiles y pecadores. El problema consiste en que son demasiados los clérigos que tienen una marcada tendencia a comportarse como los viejos chamanes en cuanto se refiere al ejercicio del poder y a la consiguiente imposición autoritaria sobre los fieles. No necesariamente porque sean mandones, sino porque están convencidos de que sus decisiones son la expresión más autorizada de la voluntad de Dios.

La experiencia histórica, sin embargo, nos enseña hasta la saciedad que, en nombre de Dios, se le han impuesto a la gente muchos disparates. De ahí, como se ha dicho muy bien “el rechazo generalizado de una autoridad que no acepta, en su ejercicio, participación de subordinados en las decisiones que les conciernen”<sup>11</sup>.

### La Religión como posible “trampa”

Por lo que acabo de explicar, resulta estimulante saber que Jesús se comportó de tal manera que para él fue más decisivo satisfacer las *necesidades* de los demás que cumplir sus propios *deberes*, incluido el deber de obedecer en condiciones en las que él veía que no debía someterse a mandatos que se antepusieron a la vida, a la integridad y a la felicidad de las personas. Esto es lo que explica que Jesús hiciera la pregunta aquella en la sinagoga cuando puso al manco de pie en medio de todos. Y esto también es lo que explica que Jesús, en aquella ocasión como en tantas otras, faltase a su “deber” de observar el descanso sabático y, en lugar de eso, curase al manco, es decir, satisficiera la “necesidad” que sentía aquel hombre de recuperar la integridad de su salud corporal. Sin olvidar que Jesús hizo aquello a sabiendas del peligro en que ponía su propia vida. El hecho es que, como cuenta el relato, al salir de la sinagoga, los fariseos se fueron derechos en busca de los partidarios de Herodes, el reyezuelo que entonces mandaba en Galilea, para ver cómo liquidaban a aquel inquietante personaje que no dudaba en violar las leyes más sagradas, con tal de curar a un manco que, a fin de cuentas, podía haber sido curado al día siguiente.

---

11. H. Holstein, *Autoridad y poder en la Iglesia*, en la obra de G. Défois, C. Langlois y H. Holstein, *El Poder en la Iglesia*, Madrid, Marova, 1974, 206.

Este es el hecho. Pero, ¿qué hay detrás de este hecho? O dicho de otra manera, ¿por qué actuaba Jesús de esta manera? Respondo en pocas palabras: el que anda obsesionado por cumplir con sus propios deberes, en realidad es una persona obsesionada con *su propia conducta*, mientras que quien anda a todas horas preocupado por las necesidades de los demás, es una persona que antepone a todo (incluso a lo propio) *el bien y la felicidad de los otros*. Se trata de dos dinamismos contrapuestos. El primero es un dinamismo *centrípeto*, el sujeto centrado en sí mismo. El segundo es un dinamismo *centrífugo*, el sujeto centrado en los demás. No se trata, en el segundo caso, de un sujeto “des-centrado”. El “hombre-para-los-demás” es una persona centrada, pero no centrada solamente en sí misma, sino centrada en una realidad más amplia, más total y, por eso mismo, más rica y más enriquecedora.

Con frecuencia, las religiones predicán la propia santidad, el ideal de la propia perfección y, por supuesto, la apremiante necesidad de huir de la propia condenación y alcanzar la propia salvación. A fin de cuentas, siempre *lo propio*. He ahí el peligro o la posible “trampa” en que, sin darnos cuenta, podemos quedar atrapadas las personas que frecuentamos las prácticas religiosas y tenemos convicciones de fe. Es la sutil contradicción en que tantas veces incurre la ética que se fundamenta en la religión. Por eso no es extraño encontrar personas muy religiosas y, al mismo tiempo, profundamente egoístas y centradas en sí mismas. Con un agravante: como todo se hace por el motivo más noble del mundo, es decir, por Dios, el sujeto queda incapacitado para darse cuenta de la contradicción en la que vive. Lo cual explica, entre otras cosas, lo difícil que es “convertir” a la “gente de Iglesia”. No porque sean duros de corazón, sino porque se sienten seguros y ajenos, por tanto, a cualquier forma de sospecha.

### **Lo primero es la vida**

La necesidad básica y primera es la vida. La integridad de la vida, la seguridad de vivir, la dignidad y los derechos de la vida, la felicidad de vivir. Una ética, cristianamente entendida, tiene que poner este criterio por encima de todo lo demás. No sólo al comienzo de la vida (proble-

ma del aborto o de las investigaciones con células madre) y al final de la vida (problema de la eutanasia), sino a lo largo de toda la vida. Es sorprendente, y hasta posiblemente escandaloso, que los movimientos religiosos fundamentalistas no se interesen por luchar contra la pena de muerte o contra las llamadas guerras “preventivas” de la misma manera que luchan contra el aborto o la eutanasia.

Pero hay algo que es mucho más grave: el sistema económico mundial actualmente vigente (el capitalismo neo-liberal) ha organizado las cosas de manera que, mientras la riqueza mundial se concentra progresivamente en menos personas, cada día mueren unos 70.000 seres humanos por falta de alimentos y por las consecuencias de la malnutrición. Si tomamos en serio una ética que pone en el centro de sus preocupaciones y proyectos la defensa de la vida, lo primero que tienen que hacer quienes abrazan esa ética es luchar contra este sistema genocida y criminal. La conducta de Jesús en la sinagoga, al curar al manco, nos lleva derechamente a esta conclusión.

Lo que llama la atención, cuando se piensa en este asunto, es que las gentes profundamente identificadas con las instituciones religiosas, si son preguntadas qué es lo primero, en sus principios éticos, suelen responder sin vacilar que lo primero es la vida, la defensa de la vida. De ahí su apasionada lucha contra el aborto, contra las investigaciones científicas que pueden poner en peligro la integridad de la vida humana, la condena de toda práctica sexual que no desemboque en una sexualidad “abierta a la vida”, y ahora la condena de la eutanasia activa. Todo esto, como es fácil comprender, entra dentro de una lógica en pro de la vida que, en principio al menos, puede ser perfectamente aceptable. Lo que ya no se entiende es que quienes defienden todo eso tan apasionadamente, al mismo tiempo no se inquieten demasiado por otros problemas que hay ahora mismo planteados en el mundo y que afectan a la defensa de la vida de manera sencillamente aterradora. Pienso, al decir esto, en la pena de muerte, en la fabricación y comercio de armamentos bélicos especialmente en los armamentos atómicos, en los cientos de miles de niños que se ven obligados a trabajar como auténticos esclavos, en las mujeres y niños con los que se trafica para redes de prostitución o comercio de órganos... Pienso en tantas y tan brutales agresiones contra la vida sobre las que quienes condenan el aborto o ciertas

prácticas sexuales no dicen ni media palabra. ¿Cómo se explica tanto radicalismo en unas cosas y tanta permisividad en otras? ¿Cómo se explica que afinen tanto sus análisis científicos y filosóficos sobre los embriones y el primer comienzo del comienzo de la vida humana, al tiempo que ni se interesan por enterarse de los desastres económicos que se han producido en la década de los 90 y que han traído como consecuencia el aumento del paro y de la inflación, con daños irreparables para los servicios sociales?<sup>12</sup>

Se explica por dos razones que, a poco que se piense en ellas, enseguida se ven como coincidentes. En primer lugar, el *fundamentalismo religioso* y, en segundo lugar, la *complicidad de lo religioso con lo político*. Y digo que ambos motivos son profundamente coincidentes porque, como es bien sabido, el fundamentalismo religioso tiene múltiples conexiones con la derecha política, tanto en América como en Europa. De hecho, el “fundamentalismo” nació, con esta denominación y como movimiento religioso, a comienzos del siglo XX, entre los protestantes evangélicos de Estados Unidos. Se trata de una historia bien conocida y suficientemente analizada<sup>13</sup>. Como es bien conocido, los fundamentalistas desempeñaron un papel importante, durante la década de los años ochenta del siglo XX, en la esfera política de los Estados Unidos, concretamente en defensa de los intereses de los candidatos republicanos más conservadores, como es el caso de Ronald Reagan y George Bush senior, con la creación de la corriente *The Moral Majority S.A.*, del pastor bautista y predicador televisivo Jerry Falwell, junto con la *Christian Coalition*, del teleevangelista Pat Robertson<sup>14</sup>. Se sabe que la Mayoría Moral defendía los valores tradicionales del modo de vida americano, como la integridad de la familia y la condena de la pornografía, apoyó el programa de la “guerra de las galaxias” de Ronald Reagan, mostró su apoyo a la “contra” de Nicaragua y creó un *lobby* favorable al gobierno racista de África

---

12. Para este problema, recomiendo la lectura del excelente estudio de J. E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*, Madrid, Taurus, 2003.

13. Cf. J. J. Tamayo, *Fundamentalismos y diálogo entre religiones*, Madrid, Trotta, 2004, 75-80; K. Armstrong, *Los orígenes del fundamentalismo en el judaísmo, el cristianismo y el islam*, Barcelona, Tusquets, 2004, 221-257; J. Falwell, *Listen, America!*, Nueva York, Doubleday, 1980.

14. J. J. Tamayo, o. c., 78.

del Sur, con la anuencia y la visita del propio Jerry Falwell<sup>15</sup>. Como cualquiera entiende fácilmente, estas vinculaciones patentes entre el fundamentalismo religioso y la derecha política no podían ocurrir por mera coincidencia ocasional. Sobre todo, si tenemos en cuenta que los temas en los que se viene centrando el fundamentalismo americano de corte conservador son los mismos que defienden con vehemencia otros grupos religiosos de marcada tendencia igualmente fundamentalista, como es el caso de no pocos obispos católicos. Me refiero a temas como la condena sin paliativos del aborto y la eutanasia, el rechazo de los matrimonios homosexuales, la exigencia de la enseñanza de la religión confesional en la escuela pública y la incansable predicación contra la permisividad sexual en todos los ámbitos de la vida privada y pública<sup>16</sup>.

La explicación de estas profundas conexiones entre *fundamentalismo religioso* y *conservadurismo político* se encuentra fácilmente. Cualquier ética religiosa, por más laxa que sea, tiene que adoptar una postura clara en defensa de la vida. De ahí, la condena del aborto y la eutanasia, por poner dos ejemplos bien conocidos. Pero, al mismo tiempo, si esa ética religiosa mantiene conexiones ideológicas y de intereses económicos con partidos políticos que tienen profundas vinculaciones con los grupos de poder económico más vinculados a la industria de los armamentos y a la enorme maquinaria de las guerras, entonces resulta lógico el parentesco de la ideología religiosa de la derecha política con la mentalidad moral de las corrientes más conservadoras e integristas. Ahora bien, sabemos que los partidos de la derecha de siempre suelen ser rigurosos en la defensa de la familia tradicional y de la religión conservadora, al tiempo que son tolerantes en asuntos como la pena de muerte o la violencia que llevan consigo las guerras. De donde resulta algo que está a la vista de todos. Me refiero a este tipo de predicación religiosa que hace coincidir los ideales de la derecha con los ideales de la religión. Unos ideales religiosos que, por supuesto, defienden la vida cuando se trata del tema del aborto, pero no la defienden igualmente cuando está en juego el tema de la guerra, el de la pena de muerte o, más ampliamente, cuando se trata de los dere-

---

15. J. J. Tamayo, o. c., 79.

16. K. Armstrong, l. c.

chos humanos en toda su amplitud, por ejemplo, la igualdad de derechos (en todos los ámbitos de la vida) de las mujeres con los hombres.

Es evidente, a todas luces, que, en este modelo de proyecto ético, se pone de manifiesto una contradicción patente. Me refiero a la contradicción que tienen que defender todos los movimientos religiosos que se implican en intereses políticos a los que les conviene la permisividad en asuntos como la guerra. Resulta sintomática, en este sentido, la complicidad de los gobiernos de la derecha americana con la violencia más brutal en medio mundo. Y más sintomática aún es la postura de aceptación (más o menos disimulada) de amplios sectores de la Iglesia con semejantes gobiernos. A políticos de esta tendencia no les incomoda para nada la intransigencia eclesiástica en asuntos como la condena indiscriminada del aborto o la censura en asuntos de sexo. Mientras la Iglesia no levante la voz condenando las armas atómicas o los gastos militares (con cifras sobre la mesa), los políticos de esos gobiernos se sienten a sus anchas. Y la Iglesia también. Porque hay intereses mutuos, intereses de unos y otros, que con el silencio se ven favorecidos. En el caso concreto de Estados Unidos, el silencio de la Conferencia Episcopal, sobre la condena de las armas atómicas, da votos al presidente de turno que ocupa la Casa Blanca. Al tiempo que ese silencio le permite a la Iglesia católica gozar de un importante recorte en los impuestos fiscales, un recorte sin el que las instituciones eclesiásticas se verían seriamente perjudicadas. Y conste que, al decir esto, no me invento nada. Esto es lo que me dijo uno de los obispos auxiliares de Nueva York, mientras almorzábamos tranquilamente en una parroquia de aquella inmensa diócesis, precisamente en 1983, cuando acababa de salir a la calle un amplio documento que, por entonces, publicó la Conferencia Episcopal de EEUU sobre la paz y el desarme.

### Ética del “deber”, ética de la “necesidad”

Ahora se comprende la profundidad y, al mismo tiempo, la actualidad que entraña la pregunta que hizo Jesús, en plena sinagoga, cuando les planteó a los fariseos si lo primero es *observar las normas de la religión* o más bien *satisfacer las necesidades clave de la vida*. Formulada así la pre-

gunta, es casi seguro que nos sentimos mal a la hora de tener que responder. Porque seguramente vemos en ese dilema un peligro. El peligro de destrozarse la ética. Para convertirla en el justificante del hedonismo, de todos los egoísmos y de los mil caprichos que se nos pueden venir a la imaginación. Por no hablar de las falsas “necesidades” que nos crea la publicidad del comercio y del consumo. Y es verdad todo eso. Sin embargo, hay que tener la lucidez y el coraje de afrontar esa pregunta. Por una razón tan fuerte como sencilla, a saber: porque *la fidelidad a las obligaciones religiosas suele servir de falso justificante para legitimar nuestro desinterés ante las necesidades, con frecuencia apremiantes, de los que nos rodean*. Así, la ética del deber bien cumplido nos deja con la conciencia tranquila, al tiempo que (curiosamente) la ética de la necesidad vital satisfecha suele dejar una especie de poso de mala conciencia, sin saber exactamente por qué.

Seguramente, cuando nos pasa esto, no caemos en la cuenta de que, si las cosas se toman en serio, la pura verdad es que la ética de la necesidad (del otro) es mucho más exigente y dura de cumplir que la ética del propio deber. El propio deber tiene unos contornos delimitados y unas aristas claras. Mientras que las necesidades del otro nos pueden comprometer hasta donde ni imaginamos. Y eso es lo que nos da miedo. Un miedo que desencadena resistencias inconfesables, que luego maquilamos con los “buenos argumentos” que nos proporciona el puritanismo occidental, la fidelidad a Dios y a la conciencia, y otras cosas así. El resultado es el esplendor de la religión y, de rebote, el atropello de la vida, sobre todo el atropello de la dignidad de la vida de tantas gentes que no cuentan con los medios necesarios para defenderse.

Hoy son muchos los que se lamentan de lo destrozada que anda la ética del deber. Pero son pocos los que se alegran de que la ética de la necesidad se despierte cada mañana al alza. René Girard, el gran estudioso de las misteriosas relaciones entre religión y violencia, ha escrito páginas luminosas sobre el cambio tan profundo que estamos viviendo en cuanto se refiere a la “creciente preocupación por las víctimas”. Será cierto, sin duda, que cada día somos menos sensibles al “deber”. Pero tan cierto como eso es que cada día somos más sensibles a las “necesidades” de las víctimas de este mundo. Hace años, allá por la década de los 60, se puso de moda la violencia revolucionaria: “revolución”, “libe-

ración”, “igualdad”, eran las palabras clave del momento. Hoy, todo aquello nos suena a música trasnochada. Y sin embargo, es verdad que “el poder de transformación más eficaz no es la violencia revolucionaria, sino la moderna preocupación por las víctimas”<sup>17</sup>. Una preocupación que va en aumento y que ha trascendido las fronteras. Hasta convertirse en un fenómeno de ámbito mundial. Girard insiste en esto: “Nuestro mundo no ha inventado, desde luego, la compasión, pero sí la ha universalizado. En las culturas arcaicas la compasión se ejercía sólo en el seno de grupos extremadamente reducidos. La frontera quedaba siempre señalada por las víctimas. Los mamíferos marcan su territorio con sus propios excrementos, algo que durante mucho tiempo han venido haciendo también los hombres con esa especial forma de excremento que para ellos representan los chivos expiatorios”<sup>18</sup>. Bueno, pues eso se ha terminado. O está en vías de extinción. Por la sencilla razón de que progresivamente se van difuminando las fronteras. Porque la víctimas ya no son “nuestras”, sino que son de “todos”. Y así emergen con fuerza interpelante los dolores y humillaciones de la gente cuyo clamor se hace cada vez más universal, más fuerte y, por eso mismo, más insoportable. Así las cosas, me hace la impresión de que la mala conciencia o, si se prefiere, la nueva sensibilidad, le van a dar el vuelco a esta situación en unos años. En cualquier caso, la ética de nuestro tiempo no puede permanecer indiferente, y menos aún ausente, a este fenómeno emergente y esperanzador.

---

17. R. Girard, *Veo a Satán caer como el relámpago*, Barcelona, Anagrama, 2002, 217-218.

18. O. c., 219.

